

# EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 52

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBIELLO

## EL SIGLO

### La insrucción pública

Está dando lugar a diversas conjeturas la tardanza en proveer la vacante del cargo de Inspector Nacional de Instrucción, producida por la aceptación de la renuncia de don Jacobo A. Varela.

Es bien sabido que se había dado por cierto el nombramiento de una Comisión que pudiese en claro la situación en que la instrucción pública se encontraba y si el Dr. Terra había tenido alguna razón para acusar al señor Varela de la decadencia de la misma.—Después se cambió de parecer y se encargó al señor ministro doctor Berindague que por sí mismo averiguase la verdad.

El doctor Berindague conferenció con el señor Varela, con los miembros dimisionarios de la Dirección de Instrucción Pública y por último con su antecesor el doctor don Duvimio Terra.—Hace ya muchos días que esas conferencias tuvieron lugar, y esta es la hora en que no se ha previsto ni la vacante que dejó el señor Varela ni la de los miembros de la Dirección.

¿A qué pensamiento responde esta demora?—Ha corrido el rumor de que se piensa en reformar la ley vigente de Instrucción Pública, dando nueva organización a las escuelas. El diario *La Prensa* se ha hecho eco de ese rumor, y *La Nación* de esta mañana se muestra alarmada y da la voz de alerta a los liberales para que no se dejen sorprender por un proyecto que destruiría por su base la obra del malogrado José Pedro Varela.

No creemos en el caso de apoyar la propaganda de *La Prensa* y de *La Nación*. Sería deplorable que después de tantos años de realización de la reforma escolar y cuando se han tocado los beneficiosos efectos de la misma, el Gobierno del General Tajes, este Gobierno que hace profesión de volver la espalda a lo pasado para impulsar al país por más luz y progreso, pusiese en tela de juicio una de las reformas más trascendentales que en los últimos tiempos se han llevado a cabo.

La base de la instrucción está y debe estar en la capital de la República, y casi escusado es decir que esa base debe ser adecuada para que en ella se cimiente la enseñanza, no con arreglo a los antiguos métodos y preocupaciones, sino conforme a las necesidades de las generaciones de esta época, que deben formarse para la vida de la libertad y de la democracia.

Si fueran ciertos los rumores de que *La Prensa* y *La Nación* han aludido, se trataría de suprimir la Dirección General de Instrucción Primaria, quedando únicamente en pie la Inspección General, y confiando la superintendencia escolar a las Juntas Departamentales.—Ya sabemos que según la Constitución a las Juntas Económico-Administrativas compete velar por la Instrucción Pública en sus departamentos respectivos; pero eso no quiere decir que en cada departamento deba establecerse un sistema diferente de enseñanza, según las opiniones y las tendencias de los miembros que componen aquellas corporaciones.

El Gobierno tiene en su mano el demostrar la falsedad de esos rumores, si como esperamos no tienen fundamento.—Se dijo antes que don Jacobo A. Varela sería reemplazado en el cargo de Inspector Nacional de Instrucción Primaria. Después se ha dado por seguro que dentro de poco tiempo ingresará en el Senado.—Sea como quiera nos parece que el Gobierno está en el caso de no demorar por más tiempo el nombramiento de Inspector Nacional; y creemos también que sería muy conveniente que se designasen las personas que han de componer en adelante la Dirección de Instrucción Pública.

El doctor Berindague, ministro del ramo, tiene la reputación de ser un hombre discreto y conciliador que cualesquiera que sean sus creencias y sus opiniones personales, comprende las necesidades de la época en que vivimos y no es capaz de provocar conflictos peligrosos.—Nosotros, dando crédito a los amigos del ministro que así lo afirman, esperamos por lo mismo que no patrocinará una reforma que si fuera tal como se asegura, equivaldría a una reacción funesta y peligrosa.

### Muy interesante

Párrafos de una conferencia dada en Buenos Aires por el general Hanna, ministro de los Estados Unidos.

En el otoño de 1862, el general Lee, habiendo sido derrotado en South Mountain, retrocedió a Antietam, donde se juntó con las fuerzas del general Stonewall Jackson, que acababa de tomar a Harper's Ferry, con 11,000 prisioneros. En ese punto, el jefe confederado reconvino a los soldados y les dijo: "¡Hoy vamos a luchar fuerte y libre una batalla contra las fuerzas del ejército federal al mando del general Mac Clellan."

La batalla se libró el 17 de septiembre de 1862, con un arroyo, ignominia y encarnizamiento que produjeron terribles pérdidas de uno y otro lado. La jornada quedó indecisa, sin que ninguno de los adversarios pudiera atribuirse el triunfo. En esta situación y habiendo surgido, desinteligencia sobre el número de soldados que se necesitaban para arrojar las fuerzas confederadas, el general Mac Clellan hizo a la orden un telegrama requiriendo la presencia del presidente y del ministro de la guerra en el campo de batalla.

Recordemos, entretanto, una anécdota que poco después de este suceso corrió en los Estados Unidos y en Inglaterra.

Se dijo entonces que esa noche recorriendo a caballo Mr. Lincoln, el campo de batalla con el general del cuerpo de ejército y el coronel Hill Lemon, preguntó a éste cuál sería el mejor cantor para cantar «Pick-a-pue» en la comedia to town. Muy desfavorables comentarios se hicieron sobre esta cuenta, y el presidente fué con toda franqueza calificado de bufón.

Los datos de esta historia increíble, los conservo todavía frescos en mi memoria. Después de terminada la guerra fui dependiente de Juan W. Garret, presidente del ferrocarril de Baltimore y Ohio. Era un caballero de amplia y bien sentada reputación, y bien conocido por sus simpatías por el sud y los confederados. Y sé que él había sido uno de los de la comitiva que acompañó a Mr. Lincoln al campo de batalla, y en una conversación sobre el punto no pudo menos de decir lo que hubiese de cierto.

Mr. Garret me contestó que lo haría con tanto más placer, cuanto que no perdía oportunidad para desautorizar la baja calumnias que se había inventado. Su exposición fué la siguiente:

Estaba esa día con los directores en Relay House, cuando ya al caer la tarde recibí un telegrama del ministro de la guerra preguntando si podría poner un tren rápido para llevar al presidente al campo de batalla. Inmediatamente impartí órdenes para que la línea que dase libre, y envié mi coche particular enganchado a la máquina para llevar al presidente y su comitiva.

Mr. Lincoln y sus compañeros esperaban en Washington, y partieron inmediatamente. Cuando el tren llegó a Relay yo subí y continué el viaje.

La comitiva del presidente la formaban el coronel Lemon, el ministro Stanton y uno de sus empleados. Cuando llegábamos a los alrededores del punto en que se había librado la sangrienta batalla, encontramos al general Mc. Clellan y su estado mayor, todo a pie, esperando nuestra llegada.

El ministro Stanton se dirigió a Mc. Clellan, e interogó con esperanza. ¿Por qué no ha hecho Vd. avanzar el ejército? ¿Qué está Vd. esperando aquí?

El general Mc. Clellan contestó con todo aplomo: «No tenemos ejército que hacer avanzar; nos hemos hecho pedazos, y solo Dios sabe qué suerte nos espera mañana si reanudamos la batalla. Es por esto que he reclamado la presencia del presidente, para que por sí mismo aprecie la situación y la probabilidad del desastre que nos amenaza aquí».

Durante esta animada conversación, decía Mr. Garret, oímos a corta distancia como voces quejadas y velamos los hombres con linternas y camillas recogiendo los heridos.

Al cabo de un rato, el presidente pidió una linterna y se dirigió al punto de donde partían los quejidos más próximos. La comitiva lo siguió. El moribundo era un niño como de 17 años, con el uniforme de los confederados y mortalmente herido en el costado. Estaba pálido, con la respiración estertorosa y clamaba por su madre, diciendo: «¡Ay! si antes de morir pudiera ver a mi madre y entregarle el reloj de mi padre!».

El presidente se arrodilló junto al niño y alumbándole la cara le dijo con un tono de profunda emoción: «Hijo mío, dime dónde vive tu madre, y yo le escribiré comunicándole lo que quieras y enviándole el reloj».

«No, ustedes no pueden, replicó el niño; estoy en dominio de los yankees».

«Eso no importa, dijo Lincoln, yo soy el presidente, y aquí también está el general Mc. Clellan, y podemos enviar cualquier cosa fuera de las líneas».

Ante esta seguridad el moribundo niño empezó a hablar, y el presidente llamó al descubridor de Stanton para que escribiese todo. Cuando hubo terminado, Lincoln cortó una cadena de cuatro anillos a un reloj de plata grande y viejo, el que él ordenó se enviara con el primer parlamento a las líneas enemigas.

Durante este tiempo, dijo Mr. Garret, el presidente lloraba como un niño, y empezó a pasarse solo.

El general Mc. Clellan le interrumpió, avisándole que la ambulancia estaba pronta y debían ir a otro punto distante cinco o seis millas. Subimos al vehículo y nadie habló una palabra. El presidente sollozaba aún y se limpiaba furtivamente las lágrimas que asomaban a sus ojos. Después de un rato de silencio, se dio vuelta hacia

cia Lemon, y con voz ahogada por la emoción le dijo: «¡Ah! como aquellas dulces y consoladoras palabras: «Oh, in the silly night, my heart is breaking.»

Tal fué la escena, y tal el ruego de profunda ternura que ha dado margen a la saga de la calumnia y del despocho.

Otro cuadro de la perspectiva de mis recuerdos de la guerra civil y sus resultados, no debe ser olvidado. Despierta en mí ideas y emociones siempre vivas, cuando lo recuerdo.

En vísperas de la guerra, antes de llegar a esas días nefastos, vivía en Natchez, Mississippi, a unas trececientas millas de Nueva Orleans. Era una ciudad muy hermosa, ubicada en el centro de la región del algodón. Mi salud se había resentido y me obligaba a recorrer las hermosas colinas de los alrededores del bien conocido 2.º Creek, quizá el más rico, cultivado y aristocrático centro de los Estados Unidos. Los Duncans, Jackson, Marshall, Rutledge, Farriday, Dunbar, Bragham y otros señores de otras familias, tenían allí sus valiosas posesiones.

Vivía frecuentemente 250, 500, 1000 y 2000 esclavos cosechando algodón. Parecían surcos negros atravesando aquel campo cubierto de la blanca y preciosa fibra, tras la cual venían los fabricantes de la nueva y de la vieja Inglaterra. El canto gutural que antecoraban las mil gargantas de los negros que trabajaban parecía mas dulce y conmovedor que cualquier trozo de Mozart, Beethoven, Meyerbeer y Wagner, aunque fueran interpretados por la sin par Jenny Lind, la divina Patti, la gloriosa Nelson. Toda esa sinfonia quejumbrosa de los esclavos ha pasado; nadie que la haya escuchado una vez la olvidará jamás.

Pasé varios meses en ese delicioso jardín de lujos y sobornos árboles y celestiales magnolias, donde todo era perfume, asueto y deleite, en la mansión del plantador E. R. Bennett, un caballero de valiosa fortuna y de exquisita hospitalidad.

Una noche vino a mi cuarto un esclavo cuyo apodo de servidumbre era Tom; pero según me dijo, se llamaba Tom Brown. Tom era un muchachito joven, hursillo, de aspecto varonil, con todos los rasgos de nobleza humana acentuados en su rostro.

Me pidió que la dijera como se hacía «para leer». Pero esto estaba prohibido por la ley «de consentimiento del amo», el cual en este caso fué prontamente obtenido por medio de la esposa del plantador. Pobre Tom! dos ó tres veces por semana traía su cartilla y se ponía a estudiar con un anhelo como si comprendiera que la ignorancia era el eslabón mas duro de su servidumbre. Fué un discípulo aplicado, y en pocos meses empezó a leer bastante bien.

Pasaron algunos años, y el incidente lo había olvidado.

Había terminado la guerra y yo tenía negocios en Baton Rouge, Louisiana, donde un pequeño destacamento, incluyendo dos regimientos de negros, estaba detenido provisionalmente haciendo servicio policial. La curiosidad me indujo a visitar el campamento, y en compañía de un antiguo militar cabalgamos hacia el cuartel de uno de los regimientos de negros.

Un moreno asistente vino a cuidar nuestros caballos, y nos indicó la casa del coronel. Este se presentó y contemplándonos un momento exclamó con íntima alegría: «¡Mi niño! usted es el mismo que me enseñó «cómo se leía» en lo de massa Bennett, en la antigua morada de 2.º Creek».

Aquel era, en verdad, mi antiguo discípulo, en otro tiempo el mas gran escudador de algodón del río Mississippi, vestido ahora con el uniforme del ejército de los Estados Unidos y recibiendo el salario del trabajo libre.

Fuó una revelación del rápido desenvolvimiento operado en un ser humano por esta altivo espíritu de justicia, libertad y trabajo que desde Adán viene agitando al mundo.

### PAISAJES AUSTRALES

El ancho río de Santa Cruz corría rumoroso entre oscuros bancos de arena, que la marea al retirarse iba descubriendo rápidamente, como si el Océano huyese vencido.

El sol lanzaba sus últimos oblicuos rayos sobre la meteta gris y melancólica que se dilata hacia el Sud; las colinas de la costa se perfilaban en el azul desahogado de la tarde; el occidente parecía arder, semejando un mar aéreo de cobre derretido, con fulgores de purpura y oro.

No un alito de aire movía las cortinas lánguidas; las hojas de las yerbas desahogadas sobre el suelo recalcantado y húmedo de vapor, impregnadas de ese olor acre y penetrante que exhala la tierra virgen en la hora solitaria del crepúsculo.

Graves confusiones de animales salvajes, rumores vagos e indefinibles del desierto, anunciaban que la noche iba a tender sus negras y vagas telas; cual brillan como pupas diamantinas y los ruidos que ruedan silenciosos en el vacío del infinito.

¡Qué armonía en la naturaleza!

¡Qué espectáculo tan grandioso!

Aquellas soledades, aquella masa de agua opaca y tumultuosa, aquella llanura solevantada y enjuta, las colinas, el océano distante, extendido como un manto parduzco y rugoso; la mitad del cielo azul, la otra mitad teñida como por llamaradas de un incendio coloral. Tal fué la maravillosa decoración que la Patagonia antártica ofreció por vez primera a mis ojos deslumbrados.

Después he visto otros cuadros igualmente grandiosos, he sentido emociones que no conozco las que no han salido de las ciudades, las que no han visto nunca las bellezas salvajes y sagradas de un país agreste, convulsionado por los volcanes, nivelado por las aguas y los hielos, y lleno de misteriosos encantos que hablan al alma con la elocuencia muda del infinito.

Cada localidad patagónica tiene su aspecto interesante y grandioso, que varía según la estación del año.

Puerto Deseado recuerda a veces las desnudas rocas de la isla de San Vicente, en el Atlántico tropical; otras, copia el paisaje noruego. Sus dispersos núcleos eruptivos que afectan caprichosas formas de diques, torres, campanas, pirámides, obeliscos y menhires, brillan al sol, con reflejos metálicos y altiva expresión, en el verano, mientras que, en Junio, al cubrirse de nieve, diríase que se aplanan, perdiendo sus perfiles rudos y salientes, modelados quizá por los glaciales desaparecidos en la alborada de nuestra época geológica.

San Julian muestra hondonadas que semejan abismos, cirros pavorosos por su soledad, que solo interrumpe el viento y el rugido del puma.

La cordillera, en las nacientes del Río Chico, tiene la magestad que abruma. Sus picos se alzan hasta las nubes, siempre vaporosas y fugaces. Esposos bosques crecen al pie de ellos, los envuelven, los acarician y saludan cada día con el rumor de sus hojas y el coro de sus huéspedes inéficos, los pequeños loros australes.

¡Qué espléndido colorido vegetal!

¡Qué cambiantes efectos de luz bajo los móviles pabellones de robles siempre verdes y retortidos!

Bajo el bosque discurren espumosos torrentes cuyo murmullo parece el canto plañidero de misteriosas andinas. El cielo está cubierto de espeso tapiz de hojas desmenuzadas y descompuestas, que exhalan un olor penetrante y extraño, fluido vital que se difunde en el aire sonoro y liviano. Aquí y allá se ven troncos derribados, cuya rugosa y húmeda corteza soporta un mundo de líquenes y musgos verdes, anaranjados y plomizos, organismos inferiores que viven de la savia de los grandes vegetales que allí crecen en excelsos en la augusta soledad austral.

Gallegos tiene un cielo límpido, y bajo su espléndida bóveda ondulan las verdes graminias. Sus noches estibales son bellas y serenas, las del mes de Mayo, imponentes y heladas. ¿Quereis su descripción? Héla aquí en frases descoloridas, que copio de mis apuntes inéditos:

«La luna creciente brilla en el cielo azul, y sus fríos rayos platean las fugitivas ondas del Gallegos, cuyos altos escarpados marginales semejan ancha y tormentosa foja de negros nubarrones».

La soledad reina por doquier: todo parece petrificado; solo el viento interrumpe a intervalos el tético silencio de la noche, y sus extrañas notas pesan en ráfagas heladas.

En el vivac se elevan rojas llamaradas ondulantes. Los viajeros duermen acurrucados junto al fuego; algunos perros tiran a los pies de estos. A pocos pasos permanecen inmóviles los cansados caballos.

Todo respira tristeza y abandono; me creo solo sobre la tierra, y pienso que voy a ser testigo de grandes catástrofes. Cruelas alucinaciones atormentan mi espíritu.

Unas veces creo oír la voz potente del océano invadiendo la costa, que se allana a su paso; otras pareceme ver surgir del suelo colosales reptiles que se arrastran sobre su vientre escamado. Los arbustos afectan formas estravagantes; todo semeja figura extra terrestre, misteriosa y amenazante.

Pero entre todos los espectáculos de la naturaleza patagónica, quizá ninguna ofrece tanto interés como el del desierto. Al desgarrarse la blanca túnica del invierno, las crestas de las cerros vuelven a destacarse sombrías en el horizonte alumbreado por el sol; los ríos corren derramándose; las cascadas retumban; los manantiales gorgotean entre las rocas crispadas; las yerbas sacan sus hojas amarillentas en el zire que las acaricia; los árboles reverdecen, y el bosque se llena de ruidos diversos. Todo renace, todo alienta; la naturaleza entera parece como que entonces entonces un himno mudo, saliendo a la dulce primavera.

Ramon Lista









## SOCIEDAD GENERAL DE CRÉDITO

DE LA  
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY  
Autorizada por el P. E. e inscrita en el Registro  
de Comercio

CAPITAL AUTORIZADO Y SUSCRITO  
\$ 7.500.000 oro  
MONTEVIDEO—ZABALA, 133

### OPERACIONES

Toma letras de cambio por cualquier cantidad a la vista y plazos, sobre las plazas de la República Argentina, Brasil, Portugal, España, Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.  
Gira letras sobre las mismas plazas.  
Expide órdenes telegráficas sobre ellas.  
Da cartas de crédito, para la introducción de mercaderías.  
Anticipa fondos sobre conocimientos de efectos embarcados en póliza de seguro endosada.  
Recibe depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.  
Hace anticipos y préstamos sobre acciones y títulos y sobre cupones o renta de valores depositados.  
Descuenta letras, vales y pagarés a interés convencional.  
Recibe depósitos de dinero, destinados a invertirse en efectos públicos, nacionales o extranjeros, bienes muebles e inmuebles, con participación de beneficios y con la seguridad de liquidarse, con previo aviso de ocho días.  
Hace préstamos a los agricultores.  
" " " " industriales.  
" " " " sobre inmuebles y con pacto de anticresis.  
Compra y vende campos, terrenos y toda clase de propiedades rústicas y urbanas.  
Forma, tanto por cuenta propia como agen, centros agrícolas, (colonias) en terrenos adecuados al efecto.  
Patrocina toda clase de empresas que se le sometan y mecen la aprobación del Consejo de Gobierno, realizándolas a ofreciéndolas al público en comisión o de cuenta propia.  
Montevideo, Mayo 9 de 1888.

EL DIRECTOR GENERAL,

Horas de oficina: de 10 a. m. a 3 p. m.

## CAJA NACIONAL

DE  
PEQUEÑOS PRÉSTAMOS Y DESCUENTOS  
Autorizada por el Superior Gobierno por decreto  
de fecha 1.º de Setiembre de 1887

CALLE SARANDI NÚMEROS 189 Y 191

### DIRECTORIO

Presidente. . . . . Pedro Garavagno.  
Secretario. . . . . Miguel Correa Lemos.  
Vocales. . . . . Pompeio Citterio.  
" " " " Adolfo Yens.  
Gerente. . . . . Tito D. Marengo.

### Sección Descuentos

Descuenta vales y conformes comerciales hasta seis meses de plazo.  
Hace préstamos a 12 meses de plazo, con vales renovables cada 90 días, a interés fijo y amortización trimestral del 25% del capital prestado.  
Hace préstamos sobre casas, terrenos, alquileres y sueldos de empleados públicos.  
Cautiona títulos y valores cotizables en la Bolsa.  
Se encarga mediante comisión de pagos y cobros por cuenta de particulares.  
Abre cuenta corriente con garantía de alquileres o documentos comerciales.  
Los préstamos sobre sueldos podrán amortizarse por entregas mensuales o trimestrales.  
A mediados del corriente mes de Julio la "Caja Nacional", mudará sus oficinas de descuentos a la calle Sarandí núm. 155A y 155B.

### Sección Montepío

Hace préstamos a módico interés sobre metales nobles, alhajas y toda clase de prendas de valor.  
La tasación de las prendas es hecha por un tasador jurado con un límite sumamente favorable.  
Los intereses se pagan al vencimiento de la póliza.  
Los sobrantes líquidos que resulten del remate de las prendas no retiradas, quedarán a disposición de los interesados hasta el tiempo de prescripción legal.  
El Monte Pío de la Caja Nacional mudará sus oficinas en el mes próximo a la calle Zabala número 179A, continuando mientras tanto en el local que ocupa actualmente.

Tito D. Marengo.  
Director-Gerente.

## Consultorio Odontológico

DE  
ANGEL GUERRA  
CIRUJANO-DENTISTA  
Arcey, 114—Esquina Colonia  
MONTEVIDEO

Tratamiento de las enfermedades de los dientes, etc., etc.



J. O'DONOGHUE  
CIRUJANO-DENTISTA

Calle 25 de Mayo, 256  
FRENTE A LA CONFITERIA ORIENTAL  
41.p.

Julio 14

FOLLETTIN

1

## POR NO SER TRECE

EUGENIO MILBERT A FÉLIX DUPOUT

Lausana.

«Pasado mañana, mi querido Félix, estaré en Ginebra. No hay motivo ninguno para escribirte esto, porque es mas que probable que llegará al mismo tiempo que mi carta. ¡Pero qué quierres! soy tan feliz que no puedo contener mi alegría por mas tiempo.

Desde hace dos días hablo con las butacas, con el reloj, con el gato, pero esto no me basta, y es tal la necesidad de comunicarme con alguien, que a fin de no morir ahogado te escribo.

Adios, pues, bella habitación y suntuosos muebles de mi tío Eloy: adios magníficas butacas de terciopelo y secreter de palo santo que adornais mi cuarto; adios opíparas comidas y tentadores vinos de Francia.

Dentro de algunas días tendré una pequeña buhardilla, amueblada con un catre de tijera, dos sillas de paja y una mesa de pino: comeré en una taberna.

Pero estaré en mi casa y ganaré mi vida. Palabra rara, pero enérgica. El hombre a quien Dios hizo a su imagen; el hombre que tan liberalmente se adorna con infinidad de ventajas; el hombre, rey de la naturaleza, que pretendo que todo es suyo y que todo ha sido hecho para él; —el hombre para comer, beber, dormir; para tener siempre corrientes los resortes de su miserable máquina; para echar aceite en sus ruedas, se ve obligado a vender las dos terceras partes de su vida a otro hombre mas rico que él.

Así el hombre a quien yo voy a servir de secretario, tiene: primero su vida, que es exclusivamente suya; luego la de todos los desventurados que le sirven: de modo que para él un día tiene por lo menos treinta y seis horas, en tanto que para mí apenas llegan a ocho.

Y veía a todo el mundo ganarse su vida, y me decía: ¡pero robo yo la mía! ¡Oh! ahora no harán por mi nada que no me deban; volveré servicio por servicio; al comer no tendré que estar agradecido a nadie; al dormir nadie tendrá nada que echarme en cara: ¡seré libre!

¡Ah, Félix! tú no comprendes estas palabras; tú no sabes lo que es el haber pasado toda la vida en casa de un bienhechor. Un bienhechor. Pronto te hubiera puesto al corriente de cuanto da: ¡pero si supieras lo que cuesta!

El descanso del sueño, que es un beneficio, es menester tomarlo, no cuando tengo sueño, sino cuando a mí me lo sea el anteojo.

Tengo que ocultar mis gustos e inclinaciones; guardar mis pensamientos, sacrificarle mis gustos. ¡Oh! si tú supieras que se hacen cobardías y bajezas por una comida, que no se harían por un millón, cuando se come tan bien por dos reales!

¡Oh! porqué mis padres al morir, dejándome solo y tan joven en el mundo, no me han dicho: ¡Toma una azada! ¡trabaja! ¡cava la tierra! ¡en vez de hacerme cultivar la herencia de mi tío Eloy!

Pero gracias a Dios esto va a concluir. Voy a ganarme mi vida.

¡Te sorprende!

Hé aquí cómo ha sucedido etc.

El otro día llegaron forasteros a casa de mi tío. Este, que me trata siempre como a un niño, le dijo:

—El chico acompañará a Vd. a ver la catedral. Ya conoces a Lausana: habíamos tomado por la calle cubierta y en forma de escalera a que conduce a la iglesia. Se tarda un cuarto de hora en subir, y cuando uno ha llegado al final, se encuentra con un aviso sobre la puerta que le indica que es menester volver a bajar para buscar a un tal M. Bache, tintorero, que tiene las llaves.

Llegué cansadísimo, pero el forastero, tratándome como si fuera un criado, me mandó que fuera a buscar a M. Bache. Por un momento tuve intención de dejarlo allí, y abandonar a Lausana, y huir de mi tío, y marcharme a través de aquellas verdes llanuras, cubiertas de un puro cielo para no volver jamás.

Fui, sin embargo, a buscar a M. Bache; el tintorero me dió las llaves y volví con ellas en busca del forastero.

Encontré a este sentado en la terraza, figurándose que había tardado mucho. Luego sin darme un momento de descanso, me obligó a que le sirviera de cicerone, y me hizo infinidad de preguntas a cual mas tontas sobre cada piedra, y sobre cada pedazo de madera que veía.

Me vi obligado a responderle una porción de veces:

—No sé; y a cada una me decía:

—Parece imposible que Vd. lo ignore.

De tal modo me impacienté, que me dieron tentaciones de largarle una historia a cada pregunta.

Dios sabe lo que le refirió.

Cuando llegamos a la tumba de Harriet-Canning, mujer del embajador de Stafford, le dije que era el sepulcro de la esposa de mi tío Eloy, y lo llevé allí, como si quisiera a todo trance huir de aquel triste recuerdo, pero en realidad para escapar a la mas triste obligación de responder al diluvio de preguntas que indudablemente me hubiera hecho cada trazo del cincel del escultor.

Desgraciadamente para mí, durante la comida se le antojó hablar a mi tío de la magnífica tumba de alabastro que había hecho construir para su señora la difunta madama Eloy Milbert.

Por la noche mi tío me echó una peluca decente, y me dijo:

—Bien está, bien está; ya sé lo que debo hacer.

Al día siguiente por la mañana tuve que aguantar una larga e interminable relación de todo lo malo que había hecho desde mi infancia, sin olvidar un plato roto hacia diez años y un pantalón desgarrado hacia doce.

A cada nueva que cometa me refila por todas las anteriores, y la letanía comenzaba invariablemente por estas palabras:

—A los tres años, viviendo todavía tu padre, robaste unas manzanas.

Como es de esperar, a la lista de mis crímenes seguía la de sus beneficios, y entonces sentía venirse a la boca, amargo y envenenado, cuanto pan había comido en su casa.

—Esto va a concluir, señorito, me dijo; dentro de tres días marchará Vd. a Ginebra; hay un rico negociante que necesita un secretario: irá Vd. a su casa.

Mañana marchó: debo pasar por Montreaux para entregar una carta a un tal M. Gautherot, que según parece es un amigo de mi tío, a quien no conozco.

Tu amigo,

EUGENIO MILBERT.»

EUGENIO MILBERT A FÉLIX DUPOUT

«En cuanto recibas ésta irás a personarte en casa de M. Sauders, negociante, que vive detrás de los Baños des Bergnes, y le dirás que M. Eugenio Milbert, tu servidor y el suyo, tardará todavía en llegar tres o cuatro días. Haz esto en cargo antes de leer el resto de mi carta.

Te supongo ya de vuelta de casa de M. Sauders; ahora puedes escuchar, ó mejor dicho leer mi historia.

Como es de esperar, al salir de casa de M. Sauders con seis camisas, mi frac azul, un reloj de mi padre y un poco de dinero que me dió mi tío al despedirme.

Dióme también una infinidad de consejos de los que no entendí una palabra, porque desde hace algun tiempo he adoptado la resolución, en cuanto le veo dispuesto a regañarme, de ecoque cualquier asunto propio para meditar, según la mayor ó menor solemnidad del exordio.

Al hablarme de mi padre, lloré y me dijo: *Ten en cuenta, Eugenio, que en la vida no se debe contar con nada mas que con uno mismo.*

Te aseguro que en esta instante me ha parecido un buen hombre, y no he podido reconocer en él al tirano de mi juventud: acaso nunca ha habido entre nosotros mas que un *quid pro quo*.

El es viejo, yo joven; y cada uno de nosotros ha tomado una especie de hostilidad permanente la diferencia de gustos y la oposición natural de sensaciones y de ideas.

Nada es tan tolerante como la felicidad: tan contento y alegre estaba de dejarle, que casi casi me daban tentaciones de quedarme con él. A las cuatro llegué a Montreaux: es una aldea que se encuentra al venir de Lausana, a la izquierda del camino que costea el lago y a algunos centenares de pasos de él: se sube por una pequeña senda pedregosa. En la posada supuse que no pasaría por allí ningun carruaje hasta el día siguiente.

Me cepillé y fui a casa de M. Gautherot. Leyó la carta de mi tío, y pareció no quedar satisfecho de ella.

—Con que no viene; y eso que es el santo de madama Gautherot, y me había prometido venir.

Me recibió con frialdad.

—¿Usted es sobrino suyo?

—Sí señor.

—Muy bien. Va Vd. . .

—A Ginebra.

—Muy bien. Hace hoy mucho calor.

—Así, así. . . etc.

Me levanté, saludé y me marché.

Fui a mandar que me preparasen la comida en la posada, y luego a pasearme por el atrio de la Iglesia.

Es el sitio más encantador que he visto en mi vida.

La Iglesia, sin ser enteramente gótica, tenía todo el encanto religioso de esta orden de arquitectura: su campanario octógono se destaca a una gran elevación sobre el fondo verde de una elevadísima montaña.

Entrase al atrio por una puerta, ó mejor dicho bóveda de madre-selva; los dos costados de la puerta principal son dos rosales. Entre las ojivas se elevan jazmines que ostentan entre un verde follaje las estrellas de sus flores blancas y perfumadas; *corchorus* con sus pequeñas rosas de color de fuego; y una parra que se enredaba por la torre, y cubre con sus verdes hojas parte de ella.

El atrio es un hermoso prado esmaltado de siempre-vivas, botones de oro, margaritas blancas y *wergismeinich* de un azul pálido.

Entre la yerba se elevan árboles del paraíso, con flores acamianadas, acacias que todavía no están en flor, y lilas cuya flor ha pasado ya.

El atrio está rodeado de una cerca que oculta los terrenos inmediatos, los cuales van descendiendo de modo que parece salir ó estar flotando en medio del lago.

En uno de los ángulos hay un banco, bajo unos cerezos, en el cual fui a sentarme.

Allí vi descender el sol entre las nevadas cimas de dos montañas, que parecía cruzarse por su base.

Ocultábase tras una nube blanca de color negro azulado, cruzada por una ancha franja de oro; por encima elevábase un vapor anaranjado; la montaña más cercana al horizonte parecía gris; la que estaba mas lejos parecía negra.

El intervalo que separaba las dos cimas en forma de cono invertido, estaba lleno de luz y fuego.

Me quedé absorto ante aquel espectáculo, ante la calma del lago y la magnificencia del paisaje. Así estaba cuando sentí que me tocaban en el hombro.

Me volví: el que venia a interrumpir mi meditación era M. Gautherot.

—Pardiez, me dijo, hace largo rato que es ando buscando: me habían dicho en la posada que habías ido a pasearos, y he echado tras de vos para ver si daba con la pista, aunque ningún indicio cierto tenia de donde podría encontrarlos. Es preciso que vengais a comer con nosotros.

Admiróme aquella brusca invitación, que me hubiera podido hacer mas políticamente dos horas antes, y contesté que había ya comido.

—No tal, me dijo M. Gautherot, porque he hecho quitar del fuego en la taberna una olla que estaban asando para vos. —Ha prometido a madama Gautherot que os llevaria a casa, y vendreis conmigo.

Hice algunas observaciones, y al fin y al cabo no tuve más remedio que acompañar a M. Gautherot.

Cuando pasamos por delante de la posada, me dijo:

—¡Ah! si gustais podéis subir a vestiros, porque tenemos algunos convidados; pero pensad que solo tendéis diez minutos y que voy delante para anunciarlos.

Subí a mi cuarto pensativo.

—¡Vestirme! ¡Por qué querrán estas gentes que yo me vista! Me había puesto para llevar la carta mi frac azul que consideraba como el mejor: otro gris que tenía lo llevaba guardado en el baúl; hacia mucho tiempo que estaba allí.

Lo saqué maquinalmente. No sé si los vestidos adquieren lustre estando guardados mucho tiempo, ó si mi frac azul había perdido el suyo sin que me apercibiera de ello: el resultado fue que el frac gris me pareció mucho mejor que lo que esperaba, é infinitamente superior al azul. Me le puse, y volví a casa de M. Gautherot.

Había mucha gente aquel día en casa de M. Gautherot; repararon poco en mí. La señora a un cumplimiento que la dirigí, me contestó con una reverencia y las siguientes palabras:

—Ya solo falta M. Rignoux.

Se le esperó media hora, al cabo de la cual llegó un criado con una carta con la que el dicho M. Rignoux se excusaba de no poder asistir a la comida por estar enferma su mujer.

—¡Dios mío! exclamó madama Gautherot, ¿qué haremos ahora?

No comprendí bien esta exclamación: me parecía que solo había que hacer una cosa muy sencilla, que era comer, puesto que M. Rignoux no venia.

M. Gautherot siguió a su mujer al hueco de un balcón, y allí se oyó en voz baja una animada conversación, en la cual apercibí a poco que entraba por algo. Esto me costó un poco, y empecé ya a sentir la olla que había dejado en la posada.

En este momento atravesó el salón una joven y se llegó a hablar en voz baja a madama Gautherot.

Era la misma hermosa joven de que hace un año te hablé, é consecuencia de haberla visto en la catedral de Lausana, cuya vista me turbó de tal manera, y que por espacio de un mes estuve volviendo a ver todos los días: en la cima de esa montaña denominada la Signal.

Un día la ayudé a bajar una rápida pendiente, pues solo iba acompañada de personas ya ancianas, que no podían prestarla apoyo ninguno en aquellas circunstancias. Desde entonces la saludaba cuando la veía, y aún la dirigía algunas palabras; luego había marchado, y solo la había vuelto a ver en mis sueños.

Era ella: ella con sus grandes ojos azules, su talle esbelto y flexible, y aire gracioso y desembarazado.

Toma parte en el dúo que había en el hueco del balcón, y a poco la oí reír, diciendo: —Vamos, madre, no os apureis por tan poco; yo me encargo de eso.

Y desapareció por algunos momentos; volvió después, y atravesando el salón se encaminó hacia mí directamente.

—Caballero, ¿me hareis el obsequio de concederme una breve conversación?

Cuando la vi venir me levanté; me hizo señas de que me sentase, y ella lo hizo en una butaca al lado mío.

—Hé aquí, caballero, de lo que se trata: mi madre no puede acostumbrarse a la idea de una comida en que se sienten trece a la mesa: vuestro tío debía completar el número catorce con los demás jóvenes que veis.

Y con una maliciosa mirada, me hizo observar que ninguno de los convidados bajaba de cincuenta años.

—No ha venido, continuó, y nos hemos visto reducidos a trece; para esto y solo por esto os han ido a buscar; no estais, pues, aquí como un joven, sino como el número catorce: en casa no se recibe, y no se os ha podido juzgar todavía como persona amable y compaciente.

Pero hé aquí que M. Rignoux no viene: del número catorce que errais, pasais a ocupar el trece, número fatal, de mal augurio; os habéis, pues, convertido en un mal presagio, en la arañon-contrada por la mañana, en la corneja vista a la izquierda, en el moscardón negro que zumba a nuestro alrededor. Se ha tratado después de despediros de un modo amable... pero no han encontrado ocasión ni oportunidad...

—Señorita, dije tontamente, estoy pronto a retirarme. . .

—Vuestra respuesta carece hasta tal punto de sentido común, me dijo con ligera impaciencia, que me dan ganas de dejaros marchar.

Se abandonó como os digo el primer proyecto de despediros simuladamente, pero le sucedió el de hacerme a mí comer sola en mi habitación. He tenido menos resignación que Vd., y he perdido permiso a mi madre para que pasieran una mesa pequeña al lado de la grande donde comeremos ambos, como los dos más jóvenes, siempre que este proyecto no hiera vuestra aceptación. De esta manera serán solo once, y evitarán, si no el peligro, al menos el miedo de morir en el año.